

El mundo pintado por Danny

Cuentos para leer con tus hijos



Pontificia Universidad
Católica del Ecuador

unicef 

| para cada niño

© **Pontificia Universidad Católica del Ecuador - PUCE**

Coordinación:

Psic. Cl. Dorian Chávez, Facultad de Psicología - PUCE

Autor:

Psic. Cl. Dorian Chávez

Colaboradores:

Psic. Lucía Arias

Psic. Isaac Grijalva

Psic. Erika Villamarín

Psic. Cl. Luciana Pinto

Psic. Cl. Paola Carpio

Ilustración:

Ricardo Salvador V.

Lebrel

099 882 3167

Diagramación:

José Antonio Valencia

Correvidile Diseño & Multimedia

099 923 8399

© **Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia - UNICEF**

UNICEF Ecuador

Edificio Titanium Plaza, Av. República E7-61,
entre Alpallana y Martín Carrión

Teléfono: (593-2) 246 0330

www.unicef.org/ecuador

Quito - Ecuador, Enero 2021

Danny era un polluelo búho al que le encantaba ir al bosque con su hermano mayor. Mientras se sentaba junto a él, admiraba el paisaje, pensando, imaginando y preguntándose un sinfín de cosas.

—¿Será que la luna es la esposa del sol? ¿Dentro de las montañas hay gigantes que están dormidos?

Y desde su interior respondía:

—Sí, debe ser la luna esposa del sol, por eso le ayuda a alumbrar la tierra. Mmm... Ojalá que no haya gigantes dentro de las montañas, si los hay me daría mucho miedo.

Cuando su hermano mayor se cansaba de ver a Danny “sin hacer nada” más que admirar el paisaje, le decía que era hora de regresar a casa, a lo que el polluelo hacía caso sin renegar mucho.



Al ser una familia de búhos, hacían sus quehaceres en las noches y en las mañanas descansaban. Mientras los padres salían a trabajar y el hermano búho hacía sus deberes, Danny aprovechaba para dibujar lo que había visto en el bosque. Pintaba el mar oscuro y la luna reflejándose en el agua, puntuaba el cielo con las estrellas que alumbraban la noche, y dibujaba los árboles que, vistos desde abajo, parecían tocar el cielo.

A pesar de que a Danny le gustaba mucho pasar con su familia o jugar con sus amigos, también disfrutaba del tiempo que tenía a solas. Sentía en el corazón la presencia de su familia que, aunque no estaba junto a él en todo momento, sabía que contaba con ellos siempre.

Cuando todas las familias tuvieron que permanecer en casa para evitar contagiarse de una enfermedad que se extendía por el bosque, el pequeño búho estuvo muy feliz de poder compartir con su familia mucho más tiempo. Ahora los tenía siempre a su lado.



Los días se transformaron en semanas y meses y, poco a poco, Danny empezó a extrañar el tiempo que tenía a solas. Tanto extrañó esos días que pidió salir un momento para ir al bosque.

—No, Danny, no podemos salir. No es seguro aún.

—Pero mamá, mi ñaño y ustedes a veces salen. ¿Por qué yo no puedo hacerlo igual?

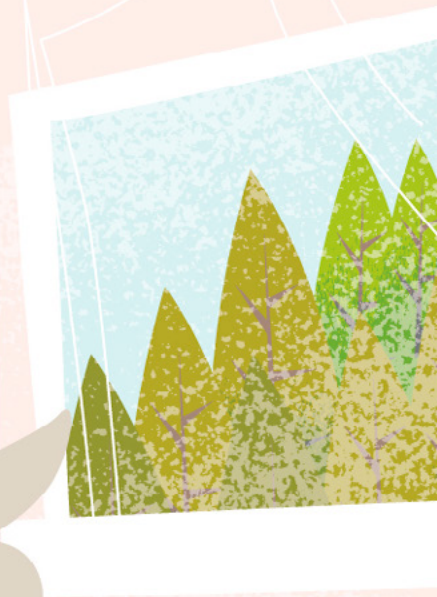
—Aún eres muy pequeño, mijito. Además, ¿para qué quieres salir? Aquí podemos jugar, cocinar y comer. Es lo mismo que puedes hacer afuera.

—Mmm... Está bien, mamá. Me quedaré aquí —refunfuñó el pequeño búho.

Danny se asomó por la ventana para intentar ver el paisaje, pero al poco tiempo, su padre le preguntó si tenía deberes.

—Sí tengo papá, pero los haré más tarde. Quiero ver las estrellas que están muy lindas —respondió el polluelo.

—Eso puedes hacer después, anda a hacer los deberes, corre —dijo el señor búho.



El pequeño búho con enojo y tristeza se sentó en la mesa del comedor, abrió su cuaderno y mientras leía los ejercicios que debía hacer, recordó el paisaje que había visto y decidió dibujarlo. En ese momento, su hermano le dijo que debía pintar sin salirse de las líneas, y que las estrellas no tenían esa forma.

Danny, tímidamente, alcanzó a decir que no hay líneas que pongan límite al cielo y que, además, le gustaba dibujar a las estrellas de esa manera. En ese momento pasó la señora búho, quien con mucha sutileza dijo:

—Tu hermano tiene razón, mijito. Las estrellas tienen forma de puntas, y es mejor que no te salgas de las líneas. ¿Por qué no intentas hacerlas así?

Danny se sintió extraño, ese mundo que plasmaba en su pintura empezaba a tener una forma que él no deseaba. Los siguientes dibujos que fue haciendo se parecían cada vez más a lo que querían su hermano y su madre, pero él no se sentía tan a gusto.



—Muy bien Danny, ahora tu dibujo se ve mejor —dijo su hermano entusiasmado.

—Siempre estuvo lindo el dibujo de Danny, y ahora está más lindo —sugirió la mamá.

Al día siguiente, mientras todos descansaban y el sol alumbraba el bosque, Danny aprovechó para ver el paisaje desde la ventana y pintarlo a su manera. Tenía mucha curiosidad de ver el bosque en la mañana. Su amigo puerco espín le había hablado de unos colores que él no podía imaginar.

Al correr la cortina de la ventana, sus ojos se hicieron pequeños al ver tanta luz. Se los fregó con cuidado y los volvió abrir lentamente hasta poder mirar con claridad. Una sonrisa iluminó su rostro al conocer el cielo azul, el sol amarillo y el agua cristalina, pero lo que más le asombró fue un árbol que tenía un tronco de muchos colores.



Danny estaba muy feliz por lo que estaba viendo y, después de un tiempo de contemplar el paisaje, tomó los colores y empezó a dibujar lo que recordaba. Sus manos no se detuvieron hasta que escuchó a papá búho decir:

—Danny, ¿qué haces despierto a esta hora?

—Nada papá, me levanté temprano y vi el bosque de día. ¡Es hermoso!

—Hace mucho tiempo no he visto el bosque en las mañanas —dijo papá búho.

—Mmm... Danny, ¿Por qué en tu dibujo estás haciendo un árbol de colores?

Danny soltó el lápiz, la alegría que sentía de repente desapareció. El polluelo dejó los colores en la mesa y se marchó a su cuarto. El señor búho no sabía qué pasaba y regresó a ver a su esposa buscando una explicación.

La señora búho se quedó en silencio un momento, y sugirió darle un tiempo a solas a su hijo para que se relaje un poco. Explicó al señor búho que el polluelo aún no se acostumbraba a sus clases virtuales y que extrañaba a sus amigos.



El hermano búho, que también estaba despierto, dijo que no tiene nada de malo que le enseñen a dibujar “bien”. La madre con mucha dulzura respondió:

—Tampoco tiene nada de malo dibujar las estrellas sin puntas, o pintar el cielo más allá de la línea, tal vez para él está bien hacerlo así.

—Tienes razón. Tal vez lo estamos presionando mucho, aún en su tiempo libre —dijo el señor búho.

Fueron a conversar con el polluelo y le comentaron lo que habían pensado. Danny les dijo que a él le gustaba pintar así, y que se sentía mal al escuchar a cada momento que no hace las cosas bien. La familia búho lo entendió y decidió darle un espacio para que Danny se sintiera libre de imaginar, pintar y dibujar como a él le gustase.

Desde ese día, Danny muestra con confianza sus dibujos a la familia, quienes disfrutan de lo que su hijo hace, y aunque a veces no están de acuerdo en ciertas cosas, nuestro pequeño amigo se siente feliz al saber que lo apoyan en su forma de pintar el mundo.



En ocasiones los adultos en su afán por educar a los niños y niñas, suelen imponer su forma de pensar como el único modo de hacerlo. Esta aspiración puede impedir que el niño explore el mundo con nuevos colores y formas, desde otra perspectiva diferente.

Los padres y madres pueden acompañar este descubrimiento, al brindar un espacio seguro para que los niños y niñas se sientan en confianza y apoyados para conocer el mundo con sus propias palabras y matices.

El cuento *“El mundo pintado por Danny”*, rescata la importancia de la realidad que van construyendo los niños y niñas, con sus formas y colores, desde su razonamiento e imaginación.

El cuento ha sido creado en el marco del trabajo que realizan **PUCE** y **UNICEF** para brindar apoyo psicosocial a madres, padres, cuidadores, docentes y trabajadores sociales, con el objetivo de darles herramientas para construir relaciones armónicas y prevenir la violencia contra niños, niñas y adolescentes.



Pontificia Universidad
Católica del Ecuador

unicef  | para cada niño